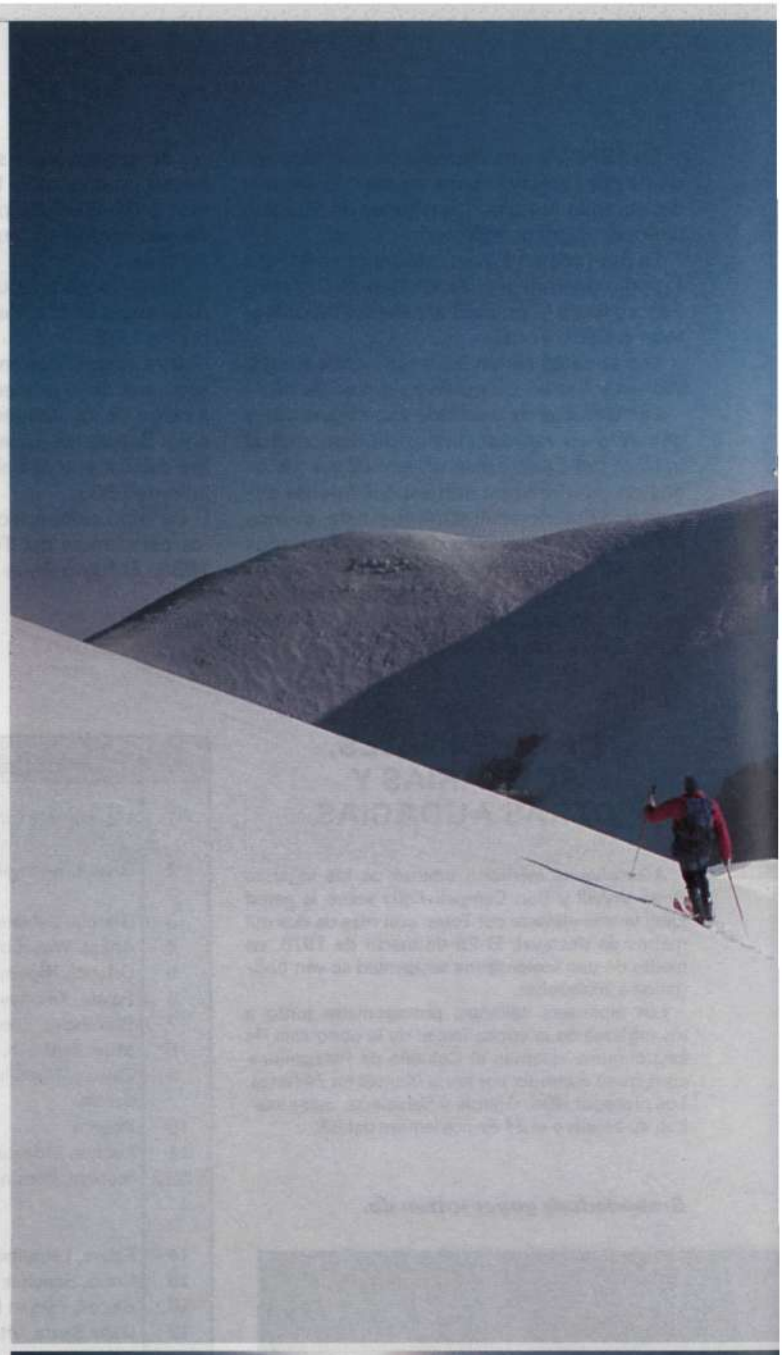
Esquí a la carta

Euskal Herria, Pirineos y Alpes, menú a la europea

JESUS M.ª ALQUEZAR y
CASIMIRO BENGOETXEA

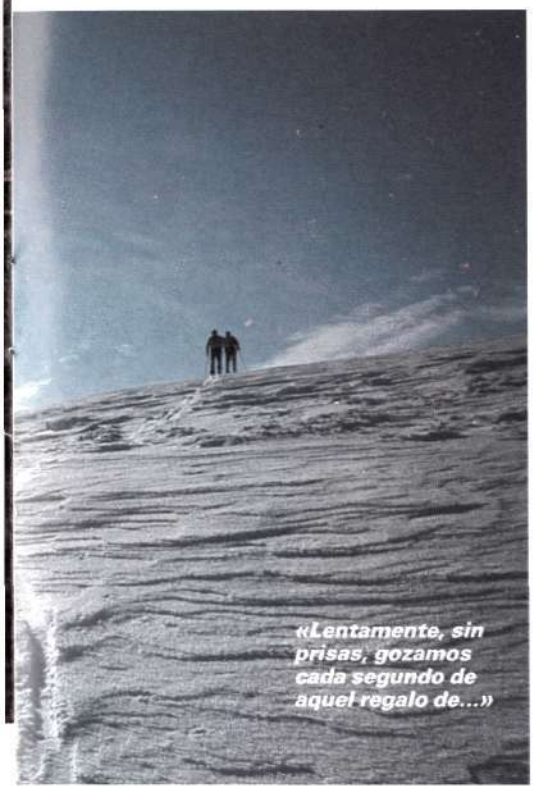
AL margen de lo que se propaga en las más importantes publicaciones respecto al esquí de montaña, en nuestro ámbito, de lo que se hace en nuestras pequeñas montañas poco o nada se ha redactado.

Pero el esquí en Euskal-Herria puede y debe reservar su espacio. Limitado, sí, pero importante para iniciarse. Porque somos numerosos los que en las pocas ocasiones que la climatología lo permite, nos inventamos rutas favorables al esquí de travesía.



«La espesa niebla de los valles pregonaba unas alturas radiantes de sol y cielos azulados.»

«Abríamos huella sobre un manto virgen. Nadie diría que estábamos en la montaña vasca.»



«Lentamente, sin prisas, gozamos cada segundo de aquel regalo de...»

De entremés: desde Ulia e Igeldo, por Artikutza, Aralar y Aizkorri

Cuando el aitona de la casa contaba a su nieto que él había esquiado en la «aldapa» de Igeldo, utilizando el funicular como remonte, nosotros le contestábamos que eran otros afortunados tiempos. ¡Que entonces sí que nevaba sobre Euskal-Herria! Y mira por donde, el nieto en el año 85, con once años, repitió la efemérides del «decano», y ese recuerdo le será imborrable. Pero si el nieto disfrutó de lo lindo aquella tarde, que hasta tuvo autorización paterna para faltar a clase, los mayores pudimos pasearnos calzados con esquís por los montes bajos de los alrededores de Donostia: Mendizorrotz, Arratzain y Ulia. Años antes también habíamos aprovechado la relampagueante presencia del blanco invierno para saber de la nieve, en Izu, Aralar y Aizkorri, por poner un ejemplo. Fueron travesías y ascensiones que siempre nos dejaron un buen sabor de boca. Un dulce gozar de la montaña vasca con otro color, un tono muy volátil que hay que saber sentir sin pérdida de tiempo.

Desde entonces, y en invierno, en nuestro cuaderno de apuntes tenemos varias cumbres y rutas para pasear, expresión que no es muy correcta, porque nuestra montaña, por fácil que se considere, exige siempre más que el simple esfuerzo.

En el 87 llegamos hasta el Saioa con esquís

Los aficionados al esquí de montaña sabemos lo difícil que es coincidir en la región un domingo, normalmente nuestro único día factible, que conjuguen la nieve, el frío que la mantenga en perfectas condiciones para la práctica del esquí, y el día soleado.

Pero aquel domingo de enero, todo se ordenó a la perfección. Y la espesa niebla de los valles pregonaba unas alturas radiantes de sol y cielos azulados.

Saioa, la cumbre reina baztanesa de 1.418 m., era nuestro objetivo.

Y ese domingo en todo Euskal-Herria, yo lo sé, muchos aficionados abandonamos nuestra idea de desplazarnos al Pirineo y escogimos una cima diferente. Y es que la nieve cuajó desde la costa, y se mantenía dura porque el frío era el conveniente. Era la ocasión tan esperada. La que sucede de año a año. Y aún así...

El itinerario a Saioa es el de todos conocido, el mismo que el de verano. Desde Belate, por Okolin hasta el punto más alto baztanés. Las condiciones, con una nieve dura eran inmejorables. Recibir los primeros rayos de sol tras salvar las bajas nubes, obtener las primeras fotografías y vivir los cambios de colores de la montaña según pasaban los minutos, fueron unos actos para privilegiados. A esas horas nos encontrábamos solos. Nos habíamos calzado los esquís al borde de la carretera y no nos los quitaríamos hasta...

Lentamente, sin prisas, gozamos cada segundo de aquel regalo de ¿quién?, de la vida, de la naturaleza, de...

El día frío, bajo cero, nos obligó a abrigarnos. El pico Okolin lo rodeamos por la derecha, sobre las hayas del barranco de Elzarrain, rebosantes de nieve que se recortaban en contraluz. Abríamos huella sobre un manto virgen. Nadie diría que estábamos en la montaña vasca. Tras unos metros de descenso, sin quitar las pieles, afrontábamos el fuerte repecho hacia la cota, 1.418 m.

La visión de Euskal-Herria nevada, toda ella, tras un itinerario soberbio, ideal, no tenía desperdicio. Es imposible explicarlo literalmente. Mejor una fotografía. Ni una cresta sin nieve. Todo blanco. Reconocemos cimas, collados y cordales.

Siempre queda la duda de si la nieve se conservará. La baja altura de nuestras montañas puede facilitar que se estropee antes del mediodía, pero no, hoy no, la pala cimera está dura y en breves virajes nos presentamos en la base del Okolin. Bello y salvaje. Como todo es tan rápido, y queremos gozar del juego, ascendemos a esa cima. Hay que disfrutar del sol, del paisaje, practicar el culto a la contemplación antes de iniciar el descenso hacia Venta Quemada. Largo para el marchador, corto para el esquiador. Virajes perfectos, nieve excelente, increíble para nuestros lares, y en las cercanías de la carretera la nieve se convierte en primavera, de esas que permiten deslizarte hasta el último recodo de la ruta. ¿De verdad que el descenso ha terminado? Este viaje tan sencillo nos ha seducido. Placer efímero, apasionante disfrute.

A continuación una receta nueva: una cita en el Pirineo con ciertos nuevos ingredientes

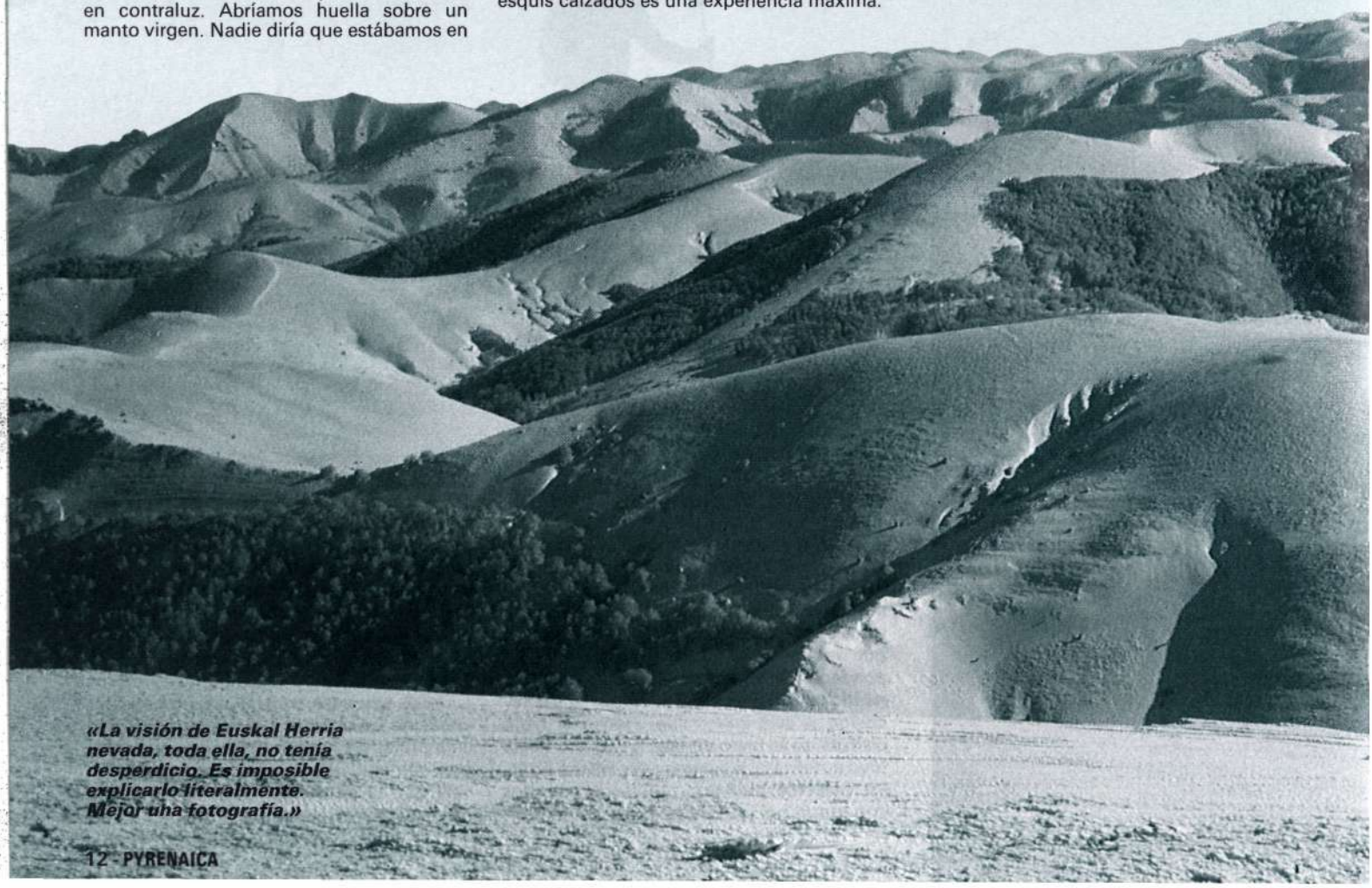
A pesar de que el invierno es una estación larga, las ocasiones para activarnos con esquís, no lo es tanto. Diversas circunstancias coinciden para acortar la temporada. En el recuento final, no son tantas las salidas como uno había proyectado en los cortos días de diciembre. El lograr una cima con los esquís calzados es una experiencia máxima. Pero, ¿alcanzar un collado por una zona de las denominadas extremadamente peligrosa, recomendada sólo cuando las condiciones son excelentes?

Destino: el col de la Peyre Saint Martin, por la Comba de la Muerte, en Arrens

Por fin, dos días de anticiclón en el mes de abril. Excelente época para el esquí de travesía. Nuestra intención es lograr el col de la Peyre Saint Martin, en dos etapas, con el aliciente de pernoctar una noche en uno de los pocos refugios tipos bunker, que perduran en el Pirineo, sin guardas y en unas condiciones recomendables. Esa noche la pasaremos en el refugio Ledormeur o del Balaitous, propiedad del CAF, a 1.917 m. Al día siguiente tendremos la ocasión de llegar hasta el citado col por la avalanchosa Comba de la Muerte, y efectuar un inolvidable descenso, mucho antes del mediodía, para evitar el riesgo de aludes.

Partiendo a las ocho de la mañana de Donosti, a mediodía estamos en la puerta del parque en Arrens. Tenemos toda la tarde para superar los quinientos metros de desnivel que nos separan del refugio donde esperamos estar solos. El día es espléndido, con las clásicas nubes que pululan desordenadamente alrededor de los tresmiles de la zona.

Deslizarse en ascenso sin prisas, bien cargados de peso y empapados de sudor, es también un placer. A esas horas de la tarde el sol pica en exceso. Tras el Pla de Labassa nos espera la fuerte pendiente hasta Ledormeur que, a la derecha e invisible, escondido, parece evitar al montañero. No extraña, una vez conocida su situación que muchos de los



«La visión de Euskal Herria nevada, toda ella, no tenía desperdicio. Es imposible explicarlo literalmente. Mejor una fotografía.»

que han intentado aproximarse con nieblas o en plena nocturnidad hayan debido abandonar en la imposibilidad de su encuentro.

Y tal como previmos, a las cinco de la tarde nos encontrábamos solos, en la puerta del bunker. Y qué mayor sensación de libertad, que estar allí, observando cómo las nubes del atardecer se apoderan de las cimas, cómo las luces pierden intensidad, y el frío se apodera del ambiente. Sólo por esto, el viaje habría merecido la pena. No nos queda más que cobijarnos, cumplir con el rito del descanso, conversación y alimentación, a la espera del nuevo día tras un corto pero reparador sueño.

A las cuatro y media de la mañana iniciamos el acto más duro de este tipo de viajes: el despertar. Pocos minutos después ya perdíamos altura con las linternas en la frente para acercarnos al Pla de Labassa y adentrarnos en el profundo y encajado valle, dominado por vertientes muy rectas, altas de 500 m. de media, tal como pregonan las guías. Un valle que se convierte en una comba de muerte si las condiciones no son apropiadas. Pero ese día sí lo eran y había que aprovecharlas. Lejos del mundanal ruido, avanzamos con seguridad con la ayuda de cuchillas. Es una ascensión bellísima. De la noche hasta el día más brillante. Viviendo el despertar de las luces, la variabilidad de los colores: el naranja del amanecer coloreando las cimas, el azul de las primeras horas y el blanquecino de las cercanas al mediodía, en que alcanzamos el col (2.295 m.). Hacia el Sur quedaban todas las cumbres del circo de Piedrafita. Habíamos logrado superar un terreno de los no recomendados. Nuestra dicha, una vez más, era incalculable.

Nos queda el descenso. Ese placer efímero pero adicto que nos obliga a volver cuanto antes. Tenemos que evitar que las condiciones se estropeen. Y allá nos tiramos. Uno detrás del otro, efectuando los giros sobre las huellas del primero. Y esto que se acaba. Y es temprano, todavía no son las doce cuando hemos superado la zona más avalanchosa. Ya no hay prisa. Es el relax del descanso merecido. Gozamos del sol. A nuestra izquierda queda el glaciar de las Neous, y el refugio. A la puerta del parque, sabemos, llegaremos en un abrir y cerrar de ojos. Como véis, hemos saboreado un buen preparado, aunque estamos lejos del plato más fuerte y típico del menú.

¿Podrá el cuerpo aguantar un banquete tan copioso? El raid de seis días en los Alpes es la especialidad siguiente: la preparación más personal, la degustación más sabrosa

Se llama Parque Nacional de La Vanoise, y allí estuvimos en la primavera del 84 (Pyrenaica n.º 137). Esta primavera decidimos volver, pero entrando por otra «puerta», y trazando una nueva ruta, otra clásica alpina, el raid de la Alta Ruta de Maurienne. Como de costumbre una preparación exigente para disfrutar y saciar el hambre acumulada tras los primeros escarceos invernales.

Seis días de montaña nos esperaban en un escenario donde la travesía de esquís es la reina de la primavera, con rutas no muy concurridas, con refugios guardados y confortables y con ciertas dificultades técnicas que hacen algunas etapas «muy alpinas». La semana escogida fue la que cierra el mes de abril, por estadísticas una de las más soleadas y estables, y creedme, este año también el anticiclón se posó sobre los Alpes colaborando en que la climatología nos fuera del todo favorable.

El circuito escogido estaría constituido por seis etapas, dibujando un «boucle» que nos llevaría hasta el lugar de salida: Bonneval-Sur-Arc, a pocos kilómetros de Modane, concentración urbana importante, cercana a la frontera con Italia en el paso dirección a Turín.

Bonneval es un pueblo insólito, de los que han vencido al salvaje desarrollo turístico. Allí todo resulta natural y han sabido combinar la estación de esquí-pueblo, atractiva de turismo, con las costumbres de todo tipo, urbanísticas, artesanales y de naturaleza, a la vez que se muestran orgullosos de su independencia.

Desde ese renombrado pueblo alpino, penetraremos en la montaña y pernoctaremos en los refugios de Evettes, Carro (dos noches) y Prariond (dos noches), y además de las travesías intentaremos dos cimas, que siempre supone un añadido aliciente, el pico Levanna Occidental de 3.593 m., luego variado a la Gde. Rousse, y la nombrada Pointe de La Galise de 3.343 m. Luego sobre el terreno hubo de variar la intención. Pero eso os lo contamos en el diario del viaje más ambicioso del año 1987.

«El día es raso, frío con algo de brisa, y ascendemos con facilidad al col de Contiere.»

«A pie alcanzamos la cumbre de l'Aiguille de la Grande Rousse (3.480 m.)»

ALTA MAURIENNE: 1987

Un año más hemos acabado este viaje más o menos largo hasta Alpes y aunque en el fondo lo estamos deseando, al fin y al cabo para eso hemos venido, la verdad es que te da un poco de pereza, cambiarte de ropa para ir hacia arriba. Serán los años...

Pues bien, estamos en Bonneval-sur-Arc, a una altura de 1.800 metros. No queda precisamente mucha nieve cerca del pueblo, pero a pesar de ello, siguen funcionando unos pequeños telearrastres. Son las 11 de la mañana.

Por la carretera cubierta de nieve, vamos ascendiendo, ya con las pieles puestas, hasta la majada pastoril del Ecot en donde reponemos fuerzas. El tiempo está nuboso con algunos claros, que van desapareciendo poco a poco hasta cubrirse totalmente e incluso comenzar a nevar mientras ascendemos por una fuerte pendiente hasta el Refugio de Evettes al que llegamos a las 2 horas y media.

Refugio confortable, propiedad del C.A.F., que conforme transcurre la tarde se va llenando de montañeros.

Los intermitentes claros nos dejan ver un atractivo panorama hacia el circo de Evettes, que culmina con el pico de Albaron.

1.ª etapa. Tiempo: 3 h. 50 min. Desnivelación de subida: 791 m.

El **segundo día** madrugamos, pues la marcha va a ser larga con mucho sube-y-baja, con el consiguiente quitar y poner pieles.

A las 5 h. 45 min. y de noche comenzamos descendiendo hasta el fondo del valle de Evettes. La nieve está costrosa, pero de noche ya se sabe, todos los gatos son pardos. La temperatura es más bien alta, tanto para la época como para la hora y la altitud, y esa será la tendencia para toda la travesía.

Del fondo del valle comenzamos a girar a la izquierda en dirección N.E. hacia el col de Grand Mean, pero equivocamos el rumbo y ascendemos al col de la Disgrâce. Parece que estaba predestinado. Por poco aterrizamos en Italia. Perdemos altura para volver a remontar el verdadero col y con un descenso a media ladera por una nieve no muy segura y entre grietas llegamos al col de Trièves.

Enfrente de nosotros tenemos el último col de la etapa, el col de Pariotes, pero para llegar ál hay que realizar un descenso muy expuesto que es el quiz de esta etapa.

Una media ladera muy fuerte haciendo «ramasse» con los bastones y con mucha precaución nos hace salvar la dificultad. Más tarde nos enteramos que en esta pendiente hace dos años, una gran avalancha de placa sepultó a dos guías con 8 clientes. Hubo que esperar al verano para recuperarlos y esta dificultad hace precisamente el que esta etapa y en este sentido, sea muy poco frecuentada.

Del col de Pariotes, una buena pero corta bajada, nos deja en el Refugio Carro a las 14 horas.

«Desde el col de Bouquetin, la vista es magnífica, con un día sin viento podemos disfrutar sin agobios.»

«A las diez comenzamos el descenso desde la Pointe de La Galisse. Una vez más la nieve responde y el descenso es inmejorable.»

Refugio bien situado al que se puede acceder también directamente desde Bonneval y propiedad del Parque Nacional de la Vanoisse.

2.ª etapa. Tiempo: 7 h. 45 min. Desnivelación de subida: 996 m. Descenso: 827 m.

El **tercer día** tiene el atractivo de marchar sólo con el peso del día. Vamos a ascender a la cumbre de la Aiguille de Grande Rousse, de 3.480 m. Salimos a las 6 h. 20 min.

El día es raso, frío con algo de brisa y ascendemos con facilidad al col de Gontière. Nos quitamos los esquís, para entrar por un corredor estrecho y de bastante pendiente encajonado entre piedras. A la salida y nuevamente con los esquís puestos, vamos lentamente ascendiendo hasta el col anterior a la cima 3.368 m. en donde hacemos una pequeña parada para contemplar el panorama, y por qué no decirlo, para recuperar la respiración. A nuestros pies el inmenso glaciar de las Sources de Isere y muy al Norte el Mont Blanc. Remontamos un poco más con los esquís y luego a pie hasta la cumbre. Hace bastante viento, lo que nos impide disfrutar durante un tiempo respetable del panorama, y descendemos hasta donde tenemos los esquís.

Para no remontar un poco hasta el punto donde habíamos entrado al collado, descendemos encordados una cornisa que nos separa de las grandes pendientes del circo. Al socaire almorzamos al mismo tiempo que esperamos un tiempo a que la nieve se vaya transformando. Una gran bajada nos espera, con nieve buena sin prisas, sacando fotos y filmando. Con pena llegamos nuevamente al Refugio Carro a las 12 h. 45 min.

La tarde se hace corta, preparando el material, descansando y tomando el sol.

3.ª etapa. Tiempo: 6 h. 25 min. Subida: 720 m. Bajada: 720 m.

También el **cuarto día** el tiempo es seguro y raso. A las 6,40 estamos en marcha. En Alta Montaña no hay más remedio que madrugar. La climatología y el estado de la nieve, sobre todo por la prevención de avalanchas, obliga a ello.

El comienzo, es la misma ruta que ayer, pero vamos girando ligeramente hacia la derecha. En lo alto y al fondo vemos el pendiente y estrecho corredor que conduce al col de Bouquetin, de 3.335 m.

Desde luego, con esquís ni pensar. ¿Cómo estará la nieve? ¿Dura? Por la temperatura que tenemos no parece.

Esquís a la mochila y ayudándonos con los bastones, para arriba. La bota clava bien y haciendo escalones subimos seguros a pesar de la gran pendiente, cerca de los 50°. La vista es similar a la que observábamos de la Grande Rousse, pero hoy el día es magnífico, no hay viento y podemos disfrutar sin agobios.

Observamos con detenimiento el descenso que tenemos que hacer hasta el Refugio de Prariond. Primero el col de Oin, luego deslizarnos sobre el Glaciar de las Sources del Isere.

Todas las ilusiones que nos hemos hecho de un maravilloso descenso se hacen rápidamente reali-

dad, demasiado rápidamente, como todos los placeres.

Para las 10,40 estamos en Prariond. Refugio particular, bastante desorganizado, a media hora del Val d'Here en descenso.

4.ª etapa. Tiempo: 4 h. 15 min. Subidas: 575 m. Descensos: 1.011 m.

La **quinta etapa** es la más corta de la travesía. Nos vamos a limitar a ascender a la Punta de la Galisse, de 3.343 metros.

La ascensión no tiene mucha historia y con visibilidad no ofrece ninguna dificultad. La pendiente al principio es muy fuerte y es preciso hacer unas conversiones bastantes forzadas, pero en la segunda parte de la ascensión, la vertiente se aligera.

Para las 9,15 de la mañana ya estamos en la cumbre. Tres horas y media nos han bastado.

La Punta de la Galisse está en la misma frontera con Italia y la vista desde la cumbre es suficientemente atrayente. El macizo del Gran Paradiso es lo más cercano a nosotros. Otros esquiadores alcanzan esta cumbre desde el Refugio de Benevolo.

A las 10 comenzamos el descenso, como siempre sin prisa para poder sacar el mayor fruto posible. Una vez más la nieve responde y el descenso es inmejorable.

5.ª etapa. Tiempo: 4 h. 45 min. Subida: 1.019 m. Bajada: 1.019 m.

El **último día** de travesía tiene siempre el contrasentido de ese sentimiento, al mismo tiempo, de pena y alegría. Pero la encaramos pensando que ya habrá otras ocasiones de volver a éste u otros sitios.

Salimos a las 5,40. La temperatura es alta y el tiempo brumoso.

Subimos sin pausa entre pequeños seracs hasta el col de Montet, de 3.185 m.

Con mucha dificultad salvamos la primera parte de la bajada, por estar helada y porque la pendiente es impresionante. Corta pero inclinadísima. Una vez superada sin problemas por todo el grupo esta zona, paramos a almorzar siempre con la doble intención de reponer fuerzas y al mismo tiempo esperar a que la nieve se vaya transformando. Rompiendo la ligera capa de costra y volviéndose primavera.

El descenso es larguísimo pero siempre nos parece corto.

No hay carta de categoría sin un agradecido postre y el placer de una sobremesa

Tras este festival gastronómico-montañero, no nos queda más que en el largo reposo de la sobremesa, saborear un escogido postre. Todas las tensiones, los esfuerzos, las duras penas del despertar y las dudas, han quedado superados. Nuestro rito, la guinda sobre el pastel, es la comida a nuestro regreso a Bonneval. Cuando todo ha discurrido bien, a las mil maravillas, el alpinista, como cualquier otro deportista que ha conseguido rebasar el listón, añorado a principio de temporada, lo celebra. Allí, los comentarios más sabrosos, junto al recuerdo de todas las anécdotas vuelven a tomar vida. La sobremesa se ampliará en el largo viaje de regreso, que en ésta, como en otras ocasiones parecidas, se nos antojará corto. La cena, al estilo montañero, y el último sueño al aire libre bajo un cielo brillante y estrellado mediterráneo, completarán el mérito que la Guía Michelín se basaría para dotar al menú con tres estrellas...

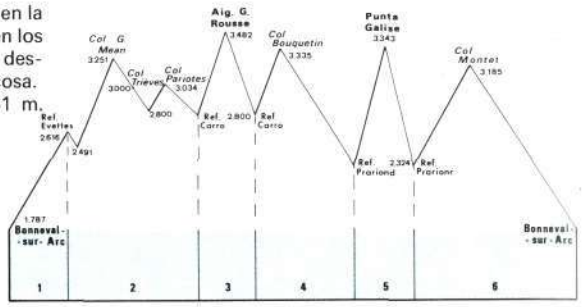
«El fondo del valle tiene siempre ese carácter más humanizado.»

Fotos: Jesús M.ª Alquezar

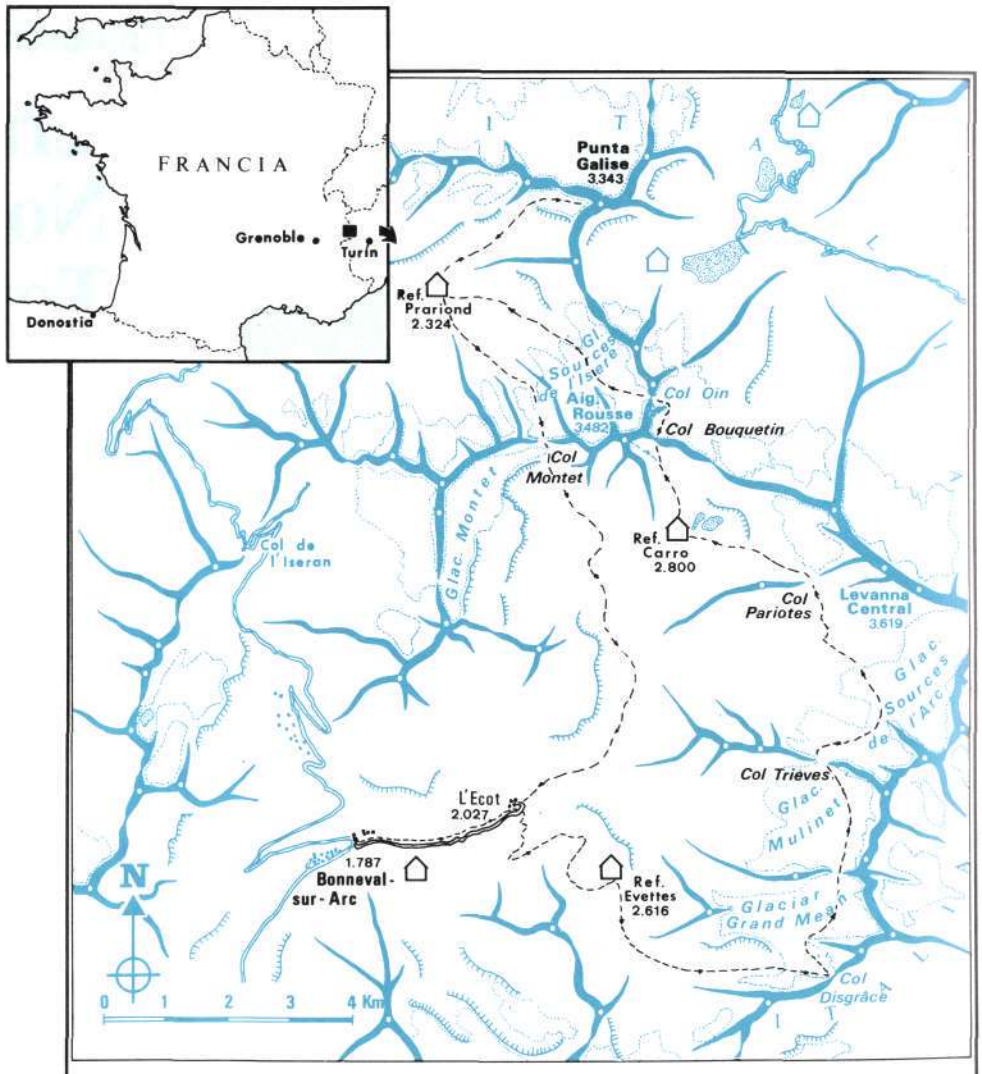
El fondo del valle tiene siempre cierto carácter más humanizado entre granjas y vegetación que poco a poco van apareciendo.

En estos seis días que hemos permanecido en la Alta Montaña ha desaparecido mucha nieve en los alrededores de Bonneval y el último tramo del descenso se parece más al esquí-cross que otra cosa.

6.ª etapa. Tiempo: 5 h. 25 min. Subida: 861 m. Descenso: 1.385 m.



Travesía celebrada en la última semana del mes de abril de 1987 por **Iñaki Bengoetxea Busto, Jesús M.ª Alkezar, Casimiro Bengoetxea y Luis M.ª Arakistain.**



PARQUE NACIONAL DE LA VANOISE

ALTA RUTA DE MAURIENNE

L. Gamarra